

gía de su brillante y polifacético desenvolvimiento de estudioso, tanto en la filosofía como en las matemáticas y en las ciencias físicas; con la revelación de unos presentimientos del propio Davy sobre la futura gloria científica y humana de Bachelard, cuando era aún profesor en Dijon. Se resalta también el hecho significativo de tener Bachelard una hija de gran valía intelectual, la cual es un homenaje vivo rendido a la enseñanza del padre.

Después, el articulista y orador, en este caso, pasa a estudiar la obra del nuevo recipiendario en la Academia. Los preliminares de ésta vienen dados por sus dos tesis doctorales, una de ellas denominada *Essai sur la connaissance approchée*, y un estudio sobre la evolución del problema de la *Propagation thermique dans les solides*, pre iminares que abren la vía a la filosofía magistral de Bachelard, que difícilmente podríamos seguir. Por orden cronológico de aparición habla Davy de la obra de Bachelard, refiriéndose al libro aparecido en 1929, *La valeur inductive de la relativité*; al de 1932, *Le pluralisme cohérent de la chimie moderne*, y al de 1934, *Le nouvel esprit scientifique*, los cuales muestran con una claridad insoslayable la evidencia de la perpetua transformación de la filosofía en contacto y bajo la influencia de la ciencia en constante evolución. El desarrollo del pensamiento de Bachelard se manifiesta a lo largo de una multitud de obras: *La Philosophie du Non*, *La dialectique de la durée*, *La Psychanalyse du feu*, *Lautréamont*, *L'eau et les rêves*, etc., imposibles de enumerar en su totalidad por la brevedad propia de una recensión. Pero lo más notable de la obra de Bachelard es que tan pronto es pura filosofía o severa labor científica como recoge aspectos netamente poéticos de la materia.—M. N. R.

ROMERO (Francisco): *Un grand philosophe de l'Uruguay. Carlos Vaz Ferreira (1872-1958)*, en «Les études philosophiques», París, núm. 3, año XIII, julio-septiembre 1958 (págs. 330-332), trad. por ALAIN GUY.

Vaz Ferreira pertenece al grupo que, en los comienzos del siglo, elevó la consideración de los estudios filosóficos en Hispanoamérica a límites insospechados. Con Vasconcelos, Deustua, Caso, Korn,

Molina y otros dio un giro radical, al modo de un luchador, a la consideración del oficio de filósofo e impuso una seriedad y un rigor de cuño científico en las disciplinas filosóficas, vertiéndose a la vez en contenidos de sustentación pragmática y realística. Estuvo en contacto directo con la vida y con los problemas de su época, de donde sus libros tomaron la palpitación constante de su calor lúcido (*Sobre los problemas sociales*, *Fermentario*, *Algunas conferencias sobre temas científicos y sociales*, *Sobre feminismo*, *Lógica viva*, etc.).

Fue enemigo de toda construcción sistemática; su verdadera dimensión hay que buscarla en sus dotes de gran analista. Penetra en los más diversos campos, examina y descortezca cuestiones, aun las que pudieran parecer menos cargadas de trascendencia, y ofrece sus consideraciones bajo una perspectiva común de amenidad y profundidad. En esta honrada reside, según F. Romero, la originalidad de Carlos Vaz Ferreira, no en la novedad de los resultados. Como otros ilustres pensadores hispanoamericanos, ejerció su capacidad de observación con un sentido humano de acción cotidiana en una trayectoria eminentemente práctica. Sus indagaciones estéticas influyeron en la mentalidad de sus compatriotas, y pudo inspirar en lo pedagógico importantes reformas. Respeta los principios inalterables de la razón y la ética y recoge las exigencias de la sociedad, conciliando lo teórico y lo práctico, armonizando los derechos del pensamiento y los de la vida. Sus conferencias muestran cómo la atención del filósofo se proyectaba sobre la misión propia del sociólogo, y cómo el autor de *Los problemas de la libertad y del determinismo* afrontaba, sin aspereza en el cambio, la «realidad concreta» de que habla F. Romero. Con la muerte del antiguo Rector de la Universidad de Montevideo desaparece uno de los padres de la mejor filosofía hispanoamericana, aquella que se sustenta en su propia circunstancia.—MANUEL MANTERO.

ÉCOLE (Jean): *Cheminements et perspectives de la métaphysique lavallienne de l'être*, en «Les études philosophiques», París, núm. 4, año XII, octubre-diciembre 1957 (págs. 327-334).

La obra de Lave'le denuncia constantemente la presencia del problema del

ser; su filosofía es sobre todo metafísica. En *Dialectique de l'éternel présent, De l'Acte, Du temps et de l'éternité* y *De l'âme humaine*, se indaga sobre la participación de la criatura en la armonía de la creación con una penetración y una novedad tales, que bien merece Lavelle, más que Maine de Biran, ser llamado el mayor metafísico de Francia después de Descartes y Malebranche. Para Lavelle, el yo piensa que no puede explicarse—siendo como es una actividad limitada en su conocimiento y acción—más que por una Actividad superior en la cual participa. De aquí la originalidad del *cogito* lavelliano, que no se descubre a sí mismo como ser exclusivamente pensante (Descartes), sino también como *necesitante* (tensión). El yo realiza el hallazgo del mundo exterior (espectáculo en el cual está como cuerpo), y también conoce de qué modo él mismo es una de las formas—privilegiada—del ser. Esta «experiencia» es la que guía toda la metafísica de Lavelle. De aquí se derivan dos problemas: a) Relaciones del yo con el Acto puro. Tanto la creación como la participación son una misma realidad, vista—en la creación—desde el ángulo de la libertad pura, y desde el de las libertades limitadas—en la participación—. El Acto puro puede ser considerado como la totalidad del ser, incluídos los posibles. La puesta en marcha de la participación—afirma J. École—consiste en la actualización de la posibilidad de los seres, en el origen, de devenir libres. b) Relaciones del yo con el mundo. Éste no es fin de la creación, pero sí una de las condiciones *sine qua non* de la participación. El mundo ofrece a la libertad humana un campo de acción, un motivo de superación de los obstáculos. La excelencia del mundo radica en que es el lugar del encuentro de las distintas libertades (de los yo cruzándose y de los yo con la libertad pura). El mundo se caracteriza como sociedad espiritual regida por el amor.

La filosofía de Lavelle, en su coronación, es una observación del orden universal. Su metafísica significa una teoría del tiempo, en cuanto actualización de los posibles, y una teoría del valor, en cuanto selección y plasmación de los mismos. La participación abre el camino a la esperanza del hombre, quien se

perfecciona y se cumple de cara a los demás hombres y sobre la realidad de las cosas.—MANUEL MANTERO.

CASCALÈS (Charles): *Authenticité et vérité chez Ortega*, en «Convivium», II, 4, 57 (págs. 97-123).

El autor de este artículo declara al comenzar, sus propósitos de examinar el tema de la autenticidad en la filosofía orteguiana, y por qué una serie de cuestiones derivadas de éste han sido dejadas en suspenso por él, propósitos que le han sido sugeridos por un artículo de D. Luis Cuéllar Bassols, publicado también en «Convivium» (núm. 1). En primer lugar partamos de las cuatro coordenadas con las que orteguianamente puede definirse la realidad humana: vida, circunstancia, elección y vocación. En un principio el hombre es lanzado a la vida sin elección de ninguna clase, se le dan elegidos el hecho de la existencia y el marco de la misma, la circunstancia. La vida y la circunstancia están íntimamente ligadas, no hay vida sin circunstancia. Pero una vez en la vida la elección es el destino de todo ser viviente, a la vez privilegio y servidumbre. En cuanto a la cuarta coordenada, para Ortega la vocación es la *necesidad* ante la cual el hombre es libre. «El hombre posee un amplio margen de libertad con respecto a su yo o su destino, puede negarse a realizarlo, puede ser infiel a sí mismo. Entonces su vida carece de autenticidad.» La mayor o menor autenticidad de nuestra vida, para Ortega, se medirá en relación con la mayor fidelidad de nuestro yo a nuestra vocación.

Cascalès se remonta al pensamiento agustiniano relacionándolo con el de Ortega: «in interiorem hominem habitat veritas». Esta verdad está en íntima conexión con la antedicha autenticidad. Sin ésta no se da aquélla, y viceversa. La cuestión de la autenticidad promueve los problemas del origen y del valor de la vocación, y en este estudio se hace notar la ambigüedad con que han sido tratados estos puntos por Ortega. Y en cuanto a la verdad, se plantea la cuestión del absolutismo y relatividad de la verdad. Por otra parte, Cascalès aclara el por qué Ortega descuidó la solución del problema de que la autenticidad entendida con fidelidad a sí mismo no excluye la fidelidad a valores vitales, particularmente